

hubiere ofrecido le rescatará segun tu tasa; y añadirá el quinto del precio: si no quisiere rescatarle, se venderá á otro en el precio en que le hubieres tasado.

28. Todo lo que se consagra al Señor por una especie de anatema¹, ya sea un hombre, ó un animal, ó un campo, no se venderá, ni podrá rescatarse. Todo lo que se hubiere consagrado una vez² al Señor, será suyo, como una cosa muy santa.

29. Todo lo que se hubiere ofrecido del modo dicho por un hombre, y todo lo que se hubiere consagrado al Señor como un anatema, no se rescatará³, sino que debe morir.

30. Todos los diezmos de la tierra, ya de granos, ya de frutos de los árboles, pertenecen al Señor, y le son consagrados.

31. Pero si alguno quisiere rescatar sus diezmos, dará de mas un quinto del precio en que se hubieren tasado.

32. Todos los décimos de los bueyes, de las ovejas y de las cabras pertenecen al Señor; y para su pago, los décimos de todo lo que pasare bajo la vara del pastor, serán marcados por él y ofrecidos al Señor⁴.

33. No se elegirá animal bueno ni malo, ni se cambiará uno por otro. Si alguno hiciere este cambio, tanto lo que se hubiere cambiado como lo que pusiere en su lugar, se consagrará al Señor, y no se podrá rescatar.

34. Estos son los preceptos que el Señor dió á Moises, para los hijos de Israel sobre el monte Sinai, y que Moises les dejó escritos.

¹ V 28. Este es el sentido del hebreo: Todo lo que está consagrado al Señor por anatema, sea lo que fuere &c.

² *Id.* Heb. todo lo que hubiere sido consagrado así por anatema.

³ V 29. Heb. Todo hombre que hubiese sido consagrado así por anatema, no será rescatado.

⁴ V 32. Heb. dif. Todo el diezmo de los animales de ganado mayor ó menor, es decir, de todo lo que pasa bajo el cayado del pastor; todo animal que es el décimo de los nacidos, será consagrado al Señor. Estas dos palabras *ovis* et *caprae* designan la palabra hebrea *zan*, *pecoria*, que comprende una y otra, ovejas y cabras.

PREFACIO

SOBRE

LOS NÚMEROS.

Los Hebréos llaman á este libro *Vajedabber* (1), porque da principio con esta palabra en el texto original. Algunos Judíos le dan tambien el nombre de *Bemiddebar*, que es la quinta palabra del texto hebreo, y significa en el desierto; este nombre parece habersele dado porque contiene la historia de lo que sucedió durante los treinta y nueve años del viaje de los Israelitas en el desierto. Los Griegos, y despues los Latinos, le intitularon *Números* (2), porque comienza con la numeracion del pueblo y de los Levitas.

El Señor, despues de haber dado sus leyes á Moises (3), le manda empadronar á todos los hijos de Israel, es decir, á todos los varones capaces de tomar las armas desde la edad de veinte años para arriba, y que para esto le ayudasen los gefes de las tribus. Moises refiere los nombres de estos, y da noticia de la numeracion que se hizo. Los hijos de Levi no se comprendieron en este empadronamiento militar, porque el Señor los habia reservado para que ejercieran ellos solos las funciones del ministerio santo, y cuidasen de lo concerniente al Tabernáculo (cap. 1). El Señor prescribe el órden que las tribus con sus gefes deben observar en su campamento (cap. 11). Los hijos de Aaron son consagrados para las funciones del sacerdocio, los Levitas son escogidos para el servicio del Tabernáculo; Dios los toma en lugar de los primogénitos de los hijos de Israel; hace empadronar á los hijos de Levi, esto es, á todos los varones desde la edad de un mes en adelante, y señala las funciones correspondientes á cada una de las tres ramas del linage de Levi. Hace contar

I.
Nombre de
este libro, y
lo que con-
tiene.

II.
Análisis de
este libro.

(1) Este primer párrafo es de Calmet.—(2) *Numeri*. Como estos nombres están en plural, resulta que cuando se juntan con la palabra *libro*, en latin *liber*, se debería decir *libro de los Números*, *liber Numerorum*. Succedió sin embargo, desde luego por descuido, que en la Biblia de Sixto V. se le pusiese á este libro el título de *liber Numeri*. Advertida esta falta, se trató de corregirla cubriendo la i con un trazito para que se leyese *Numer*, y se tuviese por una abreviatura de *Numerorum*. En la Biblia de Clemente VIII. se dejó en la carátula el título de *liber Numeri*; pero en todas las páginas siguientes se puso *liber Numerorum*. Por último, hasta en nuestros trevianos se lee todavía comunmente al principio de las lecciones sacadas de este libro, *Incipit liber Numeri*, ó de libro Numeri. Pero ya se ha empezado á reformar este descuido, y en algunos de los últimos que se han dado á luz, se lee: *Incipit liber Numerorum*, y de libro Numerorum.—(3) Al análisis de Calmet substituímos aquí el que resulta de la reunion de los sumarios del Padre Carrière.

los primogénitos de los hijos de Israel desde la edad de un mes para arriba, y que se le den á Aaron cinco siclos por cada uno de los que excedieren del número de los Levitas (cap. xv). El Señor manda á Aaron y á Moises que hagan un padron particular de los hijos de Caat desde la edad de treinta años hasta la de cincuenta, prescriba las funciones á que los destina, y constituye por su jefe á Eleazar hijo de Aaron. Ordena á Moises que empadroné tambien á los hijos de Gerson y á los de Merari; señala sus funciones, y los somete á Itamar, otro hijo de Aaron. Moises refiere el resultado de estos empadronamientos (cap. xv).

El Señor manda á los hijos de Israel que arrojen del campamento á todos los leprosos y á todos los que estuvieren inmundos. Quiere que el que hubiere perjudicado á su prójimo confiese su pecado, y repare el perjuicio. Las restituciones inciertas pertenecerán á los sacerdotes, lo mismo que las primicias y las ofrendas de los particulares. El Señor prescribe las ceremonias de la prueba de las mujeres sospechosas de adulterio (cap. v.); las ceremonias del voto y de la consagración de los Nazarenos; la formula de la bendición que, los sacerdotes debían dar al pueblo (cap. vi).

Moises hace la descripción de los presentes que los príncipes de las doce tribus hicieron al Tabernáculo despues de su consagración y en los dias de la dedicación del altar (cap. vii). Dios ordena el modo con que debían colocarse el candelero de oro y las lámparas en el Tabernáculo; ordena tambien las ceremonias de la purificación y consagración de los Levitas; la edad en que estos habian de entrar en el Tabernáculo, y en que habian de cesar en sus funciones (cap. viii).

Moises refiere lo que sucedió al tiempo de la celebración de la Pascua en el primer mes del segundo año despues de la salida de Egipto, es decir, ántes del empadronamiento, que fue en el segundo mes. El Señor mandó entonces que la Pascua se celebrase en el dia señalado, y así lo hicieron los Israelitas. Mas porque algunos se hallaban inmundos, el Señor dispuso que los que no podían celebrar la Pascua en el dia prevenido, la celebrarán en igual dia del siguiente mes, y decreta pena contra los que dejasen de celebrar la Pascua. Moises describe tambien la columna de nube y de fuego que descendía sobre el Tabernáculo, y servia para dirigir la marcha de los Israelitas en el desierto (cap. x).

Dios previno á Moises que hiciese dos trompetas de plata para reunir á los Israelitas, y advertirles que acampasen ó levantasen el campo. Los Israelitas parten del desierto de Sinai y van al de Faran. Ruega Moises á Hobab, hijo de Jetro, que permanezca con él, y le promete participarle de las riquezas que el Señor le dará (cap. x). Los Israelitas fatigados, murmuran del Señor, y este envia fuego contra ellos. Moises ruega, y el fuego se apaga. Se fastidian del maná, y comienzan á prorumpir en nuevas murmuraciones. Moises representa al Señor que él solo no puede gobernar á todo este pueblo.

Dios le da setenta ancianos para que le ayuden; cuyo establecimiento dará lugar á una disertación sobre la policía de los Hebreos. El Señor promete satisfacer el deseo de los Israelitas proveyéndoles de carnes y para esto les envia una multitud prodigiosa de codornices

pero al mismo tiempo castiga muy severamente este apetito desreglado (cap. xi). Aaron y su hermana Miriam murmuraron de Moises por su muger Séfóra. Dios elogia á Moises y castiga á Miriam con lepra. Aaron pide á Moises que interceda por Miriam; lo hace, y Dios le atiende; pero manda que Miriam permanezca por siete dias fuera del campamento (cap. xii).

Llegan los Israelitas al desierto de Faran. Moises envia por órden de Dios un hombre de cada tribu para observar y traerle noticia de la tierra prometida. Estos hombres vuelven despues de haber observado la tierra de Canaan, y alaban su fertilidad; pero exageran lo difícil de conquistarla (cap. xiii). Se suscita de nuevo la murmuración. Caleb, uno de los exploradores, quiere apaciguarla; los otros exageran lo mismo que ya habian dicho. Los Israelitas se proponen á discursos sediciosos. Caleb y Josué procuran en vano contenerlos. Dios quiere castigar de muerte á todos los murmuradores. Se aplaca por los ruegos de Moises, y promete hacer brillar su gloria por toda la tierra en favor de su pueblo. Cadená á todos los Israelitas desde veinte años arriba á morir en el desierto. Asegura que Caleb y Josué serán los únicos que entren á la tierra prometida con los hijos de los murmuradores. Los Israelitas habiendo oído la sentencia que el Señor habia pronunciado contra ellos, quieren contra su órden atacar á los Amalecitas y á los Cananeos. Estos pueblos los derrotan y los persiguen en su fuga (cap. xiv).

Moises inserta aquí varios preceptos que Dios le dictó sobre los sacrificios, las ofrendas de las primicias, las penas del pecado cometido por desprecio de su ley. Los Israelitas encuentran á un hombre juitante leña en sábadó; consultan al Señor, quien manda que sea apedreado. El Señor les manda tambien poner franjas en las cuatro esquinas de sus mantos, y cintas de color de jacinto ó azul celeste para recordárselos los mandamientos del Señor (cap. xv).

Coré, Datan y Abiron, y doscientos y cincuenta hombres con ellos, se rebelan contra Moises y Aaron. Moises reprende á estos sediciosos su ingratitude y su ambicion. Llama á los dos últimos, quienes le hacen cargo de haberles engañado haciéndoles salir de Egipto. El se queja de esta injusticia al Señor, y el Señor quiere perder á todo el pueblo. Moises y Aaron ruegan por él. Dios previene á Moises que separe al pueblo de las tiendas de los tres sediciosos, y habiéndolo hecho así, la tierra se abre debajo de los pies de estos, y caen vivos en los infernos. Un fuego devora á los doscientos y cincuenta que ofrecieron incienso al Señor. El Señor manda sacar del fuego sus necesarios, y que reducidos á láminas se fijen en el altar. Se levanta entre el pueblo nueva murmuración, que es castigada luego consumiéndose una parte de él por un incendio. Aaron contiene este castigo con su oración (cap. xvi). Se confirma el sacerdocio en Aaron por el milagro de su vara, que florece en el Tabernáculo, y que produce almendras (cap. xvii).

Dios instruye á Aaron en las funciones de su ministerio. Arregla las de los sacerdotes y Levitas; asigna las primicias para la subsistencia de los sacerdotes y de sus familias; les prohibe tener otra parte en la tierra de los hijos de Israel. Da á los Levitas todos los

diezmos de Israel; les prohíbe poseer alguna otra cosa; les manda que ofrezcan las primicias de ellos al Señor, y que le ofrezcan también siempre lo mejor que tuvieren (cap. xviii). El Señor prescribe el sacrificio de la vaca roja, cuyas cenizas debían servir para preparar el agua de expiación; y dispone el modo de usar esta agua para purificarse de las inmundicias legales (cap. xix).

Los Israelitas vienen á Cades; allí muere Maria, hermana de Moises. El pueblo carece de agua, y murmura. Dios ordena á Moises que hable á la piedra, y que ella le dará agua. Moises en lugar de hablarle la hiere dos veces. El Señor le reprende por esto, y le declara que en castigo de esta falta no entrará en la tierra prometida. Los Israelitas envían á suplicar al rey de Edom que les dé paso por sus tierras. Este príncipe se los rehúsa, y marcha contra ellos. Los Israelitas se desvían y toman otro camino. Moises por disposición del Señor lleva á Aaron sobre el monte Hor; le despoja de sus vestiduras pontificales, y se las pone á su hijo Eleazar. Aaron muere en este monte (cap. xx).

Arad, rey de los Cananéos, ataca á los Israelitas. Consigue ventajas al principio, pero luego es derrotado. Los Israelitas murmuran de nuevo. El Señor envía contra ellos serpientes, cuya mordedura quemaba como el fuego. Moises eleva por mandato de Dios una serpiente de bronce para que los heridos la viesan y sanasen. Los Israelitas van á acampar enfrente del torrente de Arnon. La Vulgata cita aquí un libro de las guerras del Señor, que será objeto de una observación inserta en seguida de este análisis. Al salir de este lugar el Señor descubre á los Israelitas un pozo, con cuya ocasión entonaron un cántico. Envían á pedir paso á Sehon, rey de los Amoréos. Este príncipe se los niega, y marcha contra ellos; pero Dios le entrega con todo su reino en manos de los Israelitas. Lo mismo sucede á Og, rey de Basan (cap. xxi).

Los Israelitas acampan en las llanuras de Moab. Balac, rey de aquel país, se asusta, lo mismo que todo su pueblo. Manda embajadores al adivino Balaam para pedirle que venga á maldecir á los Israelitas. Dios prohíbe á Balaam que vaya con los embajadores y que maldiga á su pueblo. Balaam los despide manifestándoles la voluntad del Señor. Balac envía otros embajadores á Balaam. Dios permite á este que vaya con ellos bajo la condición de no hacer sino lo que él le prevendrá. Balaam se pone en camino con intención de hacer lo que Balac le pedía. Dios se irrita contra este malvado profeta. Un ángel se le pone delante con una espada desnuda. La borrica de Balaam se espanta con él, y cae en tierra. Balaam la golpea, y ella le echa en cara su dureza. Dios abre los ojos de Balaam, y ve al ángel que tenía una espada desnuda. El ángel le echa en cara la corrupción de su corazón, y le previene que nada diga de lo que le mandará. Balaam continúa su camino, y recibe de Balac grandes honores (cap. xxii). Balaam hace levantar siete altares para sacrificar víctimas él y Balac. El Señor pone su palabra en la boca de Balaam, quien profetiza, y en vez de maldecir bendice á Israel. Balac se le queja de que bendiga á sus enemigos. Balaam le declara que no puede decir sino lo que quiera el Señor. Balac le hace mudar de lugar; Balaam profetiza todavía, y continúa bendi-

ciendo á Israel. Balac le pide que no maldiga ni bendiga, y le hace mudar otra vez de lugar (cap. xxiii). Balaam prosigue bendiciendo á Israel, y predice su poder, su fecundidad y sus conquistas. Balac irritado rehúsa á Balaam los presentes que le había destinado. Balaam repite que no puede decir sino lo que Dios le dice. Vuelve á profetizar; anuncia la venida del Mesías, la ruina de los Moabitas, la sujeción de los Idumeos, la pérdida de los Amalecitas, la cautividad de los Cínéos, el vencimiento de los Asirios y de los Hebréos por los Kitéos, y la pérdida de estos mismos (cap. xxiv). Estas profecías de Balaam serán el objeto de una disertación en que examinaremos quiénes son estos Kitéos.

Balac por consejo de Balaam hace caer á los Israelitas en fornicación con las hijas de Moab y de Madian, y en el culto idólatrico de Beelfegor. El Señor manda que sean colgados en horcas los culpables. Este castigo dará lugar á una disertación, en que se examinarán en general los suplicios usados entre los Hebréos. Fínees, hijo de Eleazar se distingue en su celo, y detiene la cólera del Señor. El Señor alaba el celo de Fínees, y le promete darle el sacerdocio á él y á su posteridad. Ordena á Moises que haga la guerra á los Madianitas (cap. xxv).

Dios manda que se haga por tercera vez el empadronamiento de los hijos de Israel desde veinte años arriba. Moises refiere el resultado de esta operación. Dios manda que la tierra en que hará entrar á los Israelitas, sea dividida entre las tribus á proporción de su número. En seguida se pone en particular la numeración de los hijos de Leví desde un mes adelante (cap. xxvi).

Las hijas de Salfaad piden la herencia de su padre. El Señor se las concede, y manda que en Israel, las hijas, á falta de hijos, hereden los bienes de su padre. Manda á Moises que suba sobre el monte Abarim, y observe desde allí la tierra de Canaan; y le advierte que despues de esto morirá como Aaron, porque ambos le ofendieron. Moises pide á Dios que dé un gefe á su pueblo. El Señor manda á Moises que tome á Josué, y le presente á todo el pueblo como el gefe que Dios le ha destinado. Moises obedece, é impone las manos á Josué (cap. xxvii).

El Señor prescribe de nuevo los sacrificios que se le deben ofrecer diariamente, en los sábados, en las neomenias, en la fiesta de Pascua, en la de Pentecostés, en la de las Trompetas, en la de la Expiação y en la de los Tabernáculos (cap. xxviii, y xxix). Siguen las leyes sobre los votos y las promesas hechas con juramento (cap. xxx).

Dios manda á Moises que castigue á los Madianitas. Moises hace marchar contra ellos doce mil hombres. Estos pasan á cuchillo á todos los varones, matan á sus reyes, queman sus ciudades, y llevan cautivas á las mugeres. Moises hace matar á las mugeres con los hijos varones, reservando las niñas y las doncellas, los ganados y el botín. El Señor manda inventariar este, y arregla su partición. Los oficiales del ejército habiéndole pasado revista y hallado que no faltaba un solo hombre, ofrecen al Señor en reconocimiento todo el oro que habían tomado al enemigo. Moises le pone en el Tabernáculo (cap. xxxi).

Los hijos de Ruben y de Gad piden las tierras que están al

oriente del Jordan. Moises, considerando esta peticion como efecto de su pereza, los reprende fuertemente. Ellos aseguran que su designio es dejar sus mugeres, sus hijos y sus ganados en el pais que piden, y que están resueltos á tomar las armas, marchando á la vanguardia de sus hermanos, hasta que estos se hallen en posesion de la tierra prometida. Moises da á los hijos de Gad y de Ruben, y á la mitad de la tribu de Manasés las tierras que están al oriente del Jordan (cap. xxxii).

Moises refiere las cuarenta y dos estaciones de los Israelitas desde su salida de Egipto hasta su llegada á las llanuras de Moab. Esto será objeto de una disertacion. El Señor manda á los hijos de Israel que exterminen del todo á los Canaános, despedasen sus ídolos, y destruyeran sus altares (cap. xxxiii). Señala los límites de la tierra prometida. Nombra al sumo sacerdote Eleazar, á Josué y á un príncipe de cada tribu para reparir á los Israelitas la tierra prometida (cap. xxxiv). Quiere que se den á los Levitas cuarenta y ocho ciudades, seis de las cuales servirán de asilo á los que hubieren matado involuntariamente á un hombre. Se añaden varias disposiciones sobre los homicidios voluntarios é involuntarios (cap. xxxv). Por último, el Señor manda que las hijas que heredaren á su padre por falta de hijos, se casen dentro de su tribu para conservar en ella la herencia (cap. xxxvi). Y con esto concluye el libro de los Números.

El Abad de Venecia en su análisis del libro de los Números, hace una observacion que referirémos aquí (1). Es sobre el texto siguiente del cap. xxi. 14, 15, donde se lee segun la Vulgata: *Por esto se dice en el libro de las guerras del Señor: El hará en los torrentes de Arnon lo que hizo en el mar Rojo. Los peñascos de los torrentes se inclinan para dejar hácia Ar, y descomosan sobre los canchinos de las Moabitias* (2). Sobre esto el Abad Venecia se explica de este modo:

Aquí habla la Vulgata de un libro de las guerras del Señor en que está escrito que el Señor hará en los torrentes de Arnon lo que hizo en el mar Rojo. ¿Cuál es este libro de las guerras del Señor? ¿Cuál es el sentido de estas palabras: *El hará en el torrente de Arnon lo que hizo en el mar Rojo*?

San Agustín (3) cree que el libro de que se habla en este pasage, es aquel en que los pueblos que habitaban estas regiones habian escrito la historia de su nacion; que en él se hablaba de la guerra que les hizo el pueblo de Dios, y que esta guerra habia sido tan notable, que fue llamada *las guerras del Señor*, comprendiéndose los otros combates que los Israelitas dieron por precision á sus enemigos. Algunos intérpretes modernos creen que este libro es el mismo en que se hace la cita, es decir, el libro de los Números. Hay quienes dicen que á mas de este, lo es tambien el de Josué y aun el de los Jueces. De aquí se inferiria que el versículo 14 era una adiccion al texto hecha despues de Moises. Otros intérpretes opinan que este santo legislador habia escrito ó hecho escribir memorias de

(1) Esta es una adiccion hecha al prefacio de Calmet.—(2) *Vide dictum in libro bellorum Domini: Sicat fecit in mari Rubro, sic faciet in torrentibus Arnon: scopuli torrentium inclinantur, ut respiciant in Ar, et desolabuntur in finibus Moabitium.*—(3) *Quest. xlii. in Num.*

todo lo que sucedia á los Israelitas, y que á estas memorias reunia á los que quisieran instruirse mas en todas las circunstancias de los sucesos que aquí no pudo referir.

Segun la opinion de San Agustín, es necesario suponer que el escritor sagrado citó en este lugar á un autor profano, lo que no debe parecer extraño, pues vemos que San Pablo refiere en la epístola á Tito (1) un verso de Epimenides, poeta cretense, para manifestar el carácter de aquellos pueblos. El mismo Santo Apóstol cita en otra parte (2) el testimonio de Arato, poeta profano. El apóstol San Judas en su epístola (3) hace alusion á lo escrito en un libro que tiene el nombre de Henoc; y no se conoce con este nombre mas que una obra apócrifa. Estas citas no dan autoridad ninguna á semejantes escritos; mas los pasages de ellos, que los autores inspirados refieren, vienen á ser partes de las Escrituras santas.

No queda pues, sino una dificultad en el sentir de San Agustín, y consiste en que no es probable que en el tiempo corrido desde el suceso que se refiere hasta la muerte de Moises, los escritores de aquellas naciones pudiesen componer el libro de las guerras del Señor, y citarle el escritor sagrado. La guerra de que se trata en el cap. xxi. de los Números, se hizo en los primeros meses del año cuadragésimo despues de la salida de Egipto; y el Santo legislador murió al fin de este mismo año.

Las otras opiniones de los críticos modernos, suponen casi todas que el pasage en que se hace mencion del libro de las guerras del Señor, es una adiccion al texto hecha despues de Moises; y debe ser difícil reconocer semejantes adiciones en el Pentateuco.

Los que dicen que este libro es el mismo de los Números, se adelantan á una cosa que no está de acuerdo con el buen sentido; porque esto seria citar un pasage que no es distinto del mismo que se cita.

Es por tanto mucho mas natural el decir, que aquí se trata de lo que se referia ordinariamente de las guerras del Señor. En efecto, traduciendo las palabras del texto original, se deberá leer simplemente: *Se dice en la narracion de las guerras del Señor; y no como dicen los intérpretes modernos: Está escrito en el libro de las guerras del Señor.* La palabra hebrea *sepher*, no significa siempre libro; muchas veces quiere decir *narracion, enumeracion, relacion.* (El Abad Venecia podria añadir que *sepher* no significa libro, sino porque significa *relacion, enumeracion*; pues *de sephar*, que significa *hacer una relacion, una enumeracion, se deriva sepher*, que significa propiamente *relacion, enumeracion*; y por cuanto un libro no es mas que una relacion de hechos ó una enumeracion de principios, se ha empleado la misma palabra *sepher* para significar libro. Esta segunda acepcion de la palabra *sepher*, no le ha quitado la primera, y así leemos segun la Vulgata en el cap. v. I. del Génesis: *Hic est liber generationis Adam*, que del hebreo puede traducirse literalmente así: *Hæc est enumeratio generationum Adam*; á saber: *Esta es la enumeracion de la posteridad de Adán.* Véase á Buxtorf en la palabra *sephar*. Resulta pues, que el sentido de la primera parte del versículo 14 es, que en la relacion que se hacia de las guerras se de-

(1) I. 12.—(2) *Act. xvii. 28.*—(3) *v. 14.*

cia lo que se sigue refiriendo, y que es muy difícil de explicarse bien. Según nuestra Vulgata, se dice en este libro ó en esta narración, que el Señor hará en los torrentes de Arnon lo que hizo en el mar Rojo. Estas palabras suenan mas bien profecía que relación; y mas parece prometerse un prodigio semejante al que se hizo en el mar Rojo, que referirse un hecho ya sucedido. Para que se verificase el sentido que presentan, debería decirse que así como el mar Rojo, abriéndose, dió paso libre al pueblo de Dios, que pasó por él á pie enjuto, así tambien dividido el torrente de Arnon, pasaron por él los Israelitas como por un camino ordinario.

Si se ocurre al texto hebreo para allanar esta dificultad, se halla en él tan poca luz, que casi todos los intérpretes convienen en que ha sido alterado por descuido de los copiantes. La palabra *Vaheb* no forma ningun sentido, y se ha tratado de substituirle otra palabra. Unos dicen que debe leerse *Zared*, y entenderia en el sentido de que los Israelitas pasaron el torrente de Zared, ó que acamparon junto á él; otros pretenden que debe cambiarse la palabra *Vaheb* por la de *Moab*. Este cambio es ménos considerable que el primero. Se reduce á poner un *Mem* en lugar de *Vau*; y en esta suposición se explica el texto diciendo, que Sehon combatió contra Moab en Sufa. (El cambio no es de tan poca consideración como da á entender el Abad de Vence. No basta poner un *Mem* en lugar de un *Vau*, es preciso tambien poner un *Aleph* en lugar de un *Hé*, y suponer que el *Vau* se entenderá tácitamente, siendo así que de ordinario se expresa en el nombre de *Moab*).

Lo que da lugar á todas estas conjeturas en la explicación de este pasaje, es que toda la frase del texto original parece no tener verbo; y por eso unos se lo han substituído en lugar de *Vaheb*, poniendo *Vaiten*, él ha dado; ó *Vejase*, él ha hecho (ó mas bien han considerado á *Vaheb* como derivado del verbo caldeo *Gehab*, él ha dado); y explican toda la frase de este modo: *Hizo ó exerció un torbellino en los torrentes de Arnon*. Pero no se puede tener á *Vaheb* por verbo, porque le precede una preposición que no se pone sino con los nombres; porque *Eth* en hebreo se pone ordinariamente para denotar acusativo. (Por eso la expresión hebréa *Eth Vaheb*, debe denotar un acusativo ú otro caso indirecto regido por una preposición).

Me parece, continúa el Abad de Vence, que con el ligero cambio de la letra *Vau* por la de *Jod*, cambio que se halla con frecuencia en el texto hebreo por la gran semejanza que hay entre ellas, se podría dar un sentido bastante natural á este pasaje, según se lee hoy en el original. Así en lugar de *Vaheb* se podría leer *Jahab* (1), que quiere decir un peso bajo el cual está alguno oprimido, una aflicción, una pena, y traducir en estos términos: *Así como la opre-*

(1) En el año de 1747 se halló en el gabinete del conde de Ponchartrain un manuscrito muy antiguo del *Pentateuco hebreo*, escrito en un rollo de pieles de becerro de dos pies de altura sobre cerca de ciento de longitud. Se advertia en muchos lugares el caudado que se habia tenido de corregir los defectos de este manuscrito; y en el texto hebreo de que se trata se veia salir de en medio del *vau*, un rasgo de una tinta débil semejante á la de los puntos que se hallan sobre las letras, como si se hubiera querido convertir el *vau* en *jod*. Lo hizo notar al librero Juan Boudot que dirigia el catálogo de estos libros; y el hizo mención de esto en la noticia que dió de este *Pentateuco* (Nota de la edición precedente).

sion ó el peso está en el torbellino, así estuvo en los torrentes de Arnon: para dar á entender que los que combatieron contra los Israelitas junto á este torrente fueron oprimidos como por un torbellino, y destruidos por la protección que el Señor concedió á su pueblo. En esta explicación no se necesita mas que suplir el verbo *estar*, que se suple fácilmente en todas las lenguas, y tomar la palabra *Soupha* en un sentido apelativo. (Esta explicación no es tan sencilla como la presenta el Abad de Vence; para que lo fuese era necesario que en el hebreo se dijese: *Sicut onus (est) in turbine, ita et in torrentibus Arnon*. Pero no es así; porque 1.º en el hebreo no hay *sicut* ni *ita*. Es verdad que según el genio de la lengua hebréa podian suplirse estas partículas, ó mas bien ocupa su lugar la conjunción *et*, que se toma algunas veces por *ut*; pero tambien, y es lo 2.º, *onus* no es nominativo sino acusativo ú otro caso indirecto, pues le precede la preposición *eth*. 3.º La palabra *torrentes* se halla tambien en acusativo ú otro caso indirecto regido por la preposición *eth*, lo mismo que *onus*, porque ella está repetida expresamente en el segundo miembro; de suerte que siguiendo la lectura propuesta por el Abad de Vence, resultará solamente esta frase: *Propterea dicitur in enarratione bellorum Domini: Apud onus turbini, ut apud torrentes Arnon*. Se suple *fuít*, y esto es muy comun en el estulo de los Hebréos. Se podría pues traducir así: *Por eso se dirá en la relación de las guerras del Señor, que los torrentes de Arnon fueron como un torbellino pesado para los enemigos de Israel*. Esto no se aparta mucho del sentido del Abad de Vence, ó mas bien se apoya en la consecuencia de su explicación).

Los que contaban las guerras del Señor, añadian que los peñascos de los torrentes se habian inclinado para detenerse en Ar, y para descansar en los confines de los Moabitas. Se podría traducir según el hebreo que las corrientes ó la efusión de los torrentes se habian inclinado derramándose para detenerse en la ciudad de Ar. Si se traduce peñascos, se podrá decir, que la protección de Dios para con su pueblo consistió en que los peñascos, de donde tiene origen el Arnon, se desprendiesen para destruir á los enemigos de los Israelitas. Pero la palabra hebréa *ashed* no significa peñasco, sino derramamiento, efusión, pendiente; y en este sentido se dirá que las aguas del torrente de Arnon se derramaron con precipitación para disipar á los enemigos de Israel, y que no se detuvieron hasta la ciudad de Ar. (Este es puntualmente el sentido que hemos propuesto respecto del versículo anterior: los torrentes de Arnon fueron como un torbellino pesado para los enemigos de Israel. Y este sentido se puede apoyar en la construcción misma del último versículo, porque según el hebreo, se pueden explicar así estos dos versículos: *Propterea dicitur in enarratione bellorum Domini: onus in turbine, et torrentes Arnon, et decursus torrentum, qui de linat ad requiescendum in Ar, (ó mas bien ad habitationem Ar) et incumbit in finibus Moab*. Lo que se podría traducir en estos términos: Por eso se dirá en la relación de las guerras del Señor, que á manera de un torbellino pesado fueron los torrentes de Arnon, y el derramamiento de los torrentes, cuyas aguas se inclinaron para detenerse sobre Ar, (ó se inclinaron hácia la residencia de Ar, esto es hácia el

lugar en que Ar está situada) y *miraron á parar sobre los confines de Moab*. La efusión de los torrentes de Arnon fue pues como un torbellino pesado para los enemigos de Israel. Esto es lo que resulta del modo de leer propuesto por el abad de Vence.

Otros intérpretes, no queriendo reconocer en este pasaje ninguna prueba del poder de Dios, dicen que las palabras del V. 15, no denotan otra cosa sino que los Israelitas *ocuperunt sobre la corriente de los torrentes que se inclinan á se estendian hasta Ar, y terminan en las fronteras de Moab*. Mas para referir simplemente el campamento de los Israelitas, parece inútil que Moises citase el libro ó la narración de las guerras del Señor. Así se expresa el abad de Vence.

Para apoyar el sentido que hemos propuesto, faltaria probar que la idea de semejanza que no está expresada en la frase, podía entenderse en ella; y de esto tenemos un ejemplo en el Salmo xxx y 14, donde el hebreo dice á la letra: *Apertuerunt super me os suum, leo rapens et rugiens*. El hebreo deja entendida en esta frase la idea de semejanza que expresa la Vulgata: *Apertuerunt super me os suum (sicut) leo rapens et rugiens*. Abrieron contra mí su boca como un leon rapaz y rugiente. Tenemos ademas otro ejemplo en Isaías, cap. x y 10, donde el hebreo dice á la letra: *Quomodo invenit manus mea regna idoli, et simulachra eorum de Jerusalem, et de Samaria*. En esta frase hay dos comparaciones; una entre el primero, y el segundo miembro, y la Vulgata la expresa traduciendo: *Quomodo invenit manus mea regna idoli, (sic) et simulachra eorum de Jerusalem, et de Samaria*; es decir: "Así como mi brazo ha destruido los reinos que adoran ídolos, así destruí las estatuas que se adoraban en Jerusalem, como las que se adoran en Samaria." Y esta es la segunda comparación que incluye el segundo miembro; porque el Azzur es quien habla y amenaza, no á destruir primero á Jerusalem y despues á Samaria, sino destruir á Jerusalem, como destruyó á Samaria; y por eso continúa: (¿Quién me impedirá tratar á Jerusalem y á los dioses que venera, como traté á Samaria con sus ídolos?") *Namquid non sicut feci Samariam et idolis ejus, sic facies Jerusalem et simulachris ejus?* Véanse pues en un solo texto dos frases en que se halla entendida la idea de semejanza: *Quomodo invenit manus mea regna idoli, et simulachra eorum de Jerusalem, et de Samaria*; esto es: *Quomodo invenit manus mea regna idoli (sic) et simulachra eorum de Jerusalem, et (id est, sicut) de Samaria*. Así esta frase: *Onus in turbine et torrentes Arnon*, puede muy bien significar: *Apud onus turbina, sicut apud torrentes Arnon*; ó lo que es lo mismo: (sicut) *apud onus*. Como el peso que hay en el torbellino, así fue el de los torrentes de Arnon; los torrentes de Arnon han sido como un torbellino pesado.

Aun faltaria probar que en la lengua santa la particula *Et* que sigue á *onus* y á *torrentes*, puede subsistir sin que haya verbo alguno expreso. De esto tenemos un ejemplo en el Salmo Lxxvii. V. 4: *Etenim passer invenit sibi domum et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos: Altaria tua Domine virtutum, Rex meus et Deus meus*. "El pájaro halló una casa para retirarse, y la tórtola un nido para poner sus pollos: tus altares, Señor Dios de los ejércitos, mi rey y mi Dios." Esta última parte queda suspensa, y en el hebreo está expre-

sion *Altaria tua* está regida por la proposición *Et*, que no señala solamente enunciativo, sino que puede tomarse en otros muchos sentidos, significando *ad, apud, circa, de*. Se podría pues traducir así: *Ad altaria tua, Domine virtutum* (añadiendo, *et desiderium meum*). "Tus altares Señor, son el único objeto de mis deseos." Se puede tambien traducir: *Apud onus* (quod est) *in turbine et apud torrentes Arnon*; es decir: (sicut est) *de onere* (quod est) *in turbine, (sic fuit) et de torrentibus Arnos*: Así como es opresivo el peso de un torbellino, así fueron los torrentes de Arnon."

Pero ya es tiempo de pasar á un objeto más interesante. Despues del análisis que hemos dado de este libro, nos resta observar, que los hechos referidos en él están (1) llenos de instrucciones y misterios, como los otros del antiguo testamento: los Cristianos que instruidos por Jesucristo, por los apóstoles y los santos doctores, buscaron la verdad que se oculta en estas sombras, hallarán á un tiempo cosas con que instruirse y edificarse.

Verán en la multiplicación de los hijos de Israel el cumplimiento de las promesas que Dios habia hecho á los patriarcas; y hallarán en esta maravilla del poder del Señor un motivo urgente de poner toda su confianza en la bondad y en la palabra de Dios.

Reconocerán en el órden que el Señor estableció para las marchas y los campamentos del ejército de Israel, una imagen del que debe haber en la iglesia.

Comprenderán por las disposiciones de Dios para la prueba de las mugertas sospechosas de adulterio, el horror que tiene á este crimen, y cuánto deben los hombres temer y evitar este horroroso desorden.

Verán en la consagración de los Nazarenes una imagen de la vida retirada y mortificada que deben observar los que se consagran á Dios.

Hallarán en las diferentes mansiones por donde Dios condujo á su pueblo en el desierto, una figura de las varias pruebas que ha de sufrir á sus santos en la tierra.

Aprenderán de la pena que se impuso á Mará despues del pecado de su falta que le consiguió Moisés, la obligación de separarse algunas veces de las cosas santas para lavar por algún tiempo sus crímenes.

Descubrirán la proporción que debe haber entre la penitencia y el pecado, por los cuarenta años de pertrginación en el desierto con que se castigó á los Israelitas, correspondiendo aquel tiempo al de los cuarenta dias en que fueron á examinar la tierra prometida con un espíritu de murmuración y desconfianza que excitó contra ellos la cólera del Señor.

Entenderán por la pena de ser apedreado que impuso Dios á que juntaba leña en sábado, con qué rigor castigará á los que no santifican los dias que le están consagrados.

En el castigo terrible de Coré, Datan y Abiron, verán los castigos que están preparados á los usurpadores del ministerio sagrado.

El milagro que hizo Dios para probar la vocación de Aatron, manifiesta la necesidad de una vocación enteramente divina para el sacerdocio. Las virtudes que deben tener los que son llamados á

IV.
Instrucciones y misterios comprendidos en este libro.

(1) Este párrafo comienza con las juiciosas reflexiones que se hallan en el prefacio del R. F. Carrizosa.

tan santo estado, y las buenas costumbres que deben practicar, están significadas por las flores y los frutos que produjo la vara de aquel soberano pontífice.

El desprendimiento en que deben vivir los que están consagrados al servicio del altar, se percibe en la prohibición que hizo Dios á los sacerdotes y á los levitas de poseer ninguna heredad en medio de su pueblo, queriendo ser él solo su posesion y su herencia.

Los cristianos instruidos hallarán en el sacrificio de la vaca roja, una imagen de Jesucristo; en la piedra herida dos veces por Moises, una figura del Salvador divino herido por los judios y por los gentiles; en el agua que brotó del peñasco, una imagen de la gracia que purifica las almas, y que satisface la sed de sus santos deseos; en la serpiente de bronce levantada en alto para la curacion de los que habian sido mordidos por las serpientes de fuego, una figura de Jesucristo levantado en la cruz por la salud de los que el demonio habia herido por el pecado.

La burra de Balaam reprendiendo la necesidad de este profeta, les hará ver que Dios elige algunas veces lo mas débil para confundir lo que parece mas fuerte.

En fin, Moises y Aaron que mueren sin introducir á los Israelitas en la tierra prometida, les representarán la impotencia de los sacrificios y de las ceremonias de la ley antigua para introducir á los hombres en el reino del cielo, y les harán ver que esta eficacia estaba reservada á Jesucristo, figurado en Josué, y quien despues de haber hecho pasar á los hijos de Dios por las aguas del bautismo, figuradas en las del Jordan, los pone en posesion de la Jerusalem del cielo.

Estas son algunas de las verdades que descubrirán en este libro los que entrando en el espíritu del Apóstol y del mismo Jesucristo, le consideraren como un cuadro en que Dios representa á los hombres bajo diferentes figuras los misterios que deben creer y las virtudes que deben practicar.

No debemos olvidar (*) que Jesucristo mismo es quien nos muestra el misterio de la cruz en la elevacion de la serpiente de bronce, y esto merece una atencion tanto mas particular, cuanto que si este divino Salvador no nos hubiese descubierto por sí mismo este misterio, acaso nos seria muy difícil penetrar el verdadero sentido de este emblema. En efecto, ¿quién de nosotros habria creído que una serpiente podia representar á Jesucristo? Escuchemos pues á este divino Redentor; estudiemos los rasgos misteriosos que contiene el emblema que nos propuso, y aprendamos en él á conocer el estilo profundo de las divinas Escrituras.

Así como elevó Moises la serpiente en el desierto, así es necesario que el hijo del hombre sea elevado, dice nuestro Señor Jesucristo, para que todos los que creen en él, no perezcan sino que consigan la vida eterna (1). Las serpientes quemantes del desierto eran imagen de los demonios y de la antigua serpiente que es su gefe. Ellos

(*) Todo lo que sigue va añadido por mí como suplemento en esta nueva edicion. Advertido que heuré uso de algunas reflexiones del autor de la obra intitulada: *Abregé de l'histoire de l'Ancien Testament avec des éclaircissements et des reflexions; pero al adoptarla creo poder tomarme la libertad de hacer algunas variaciones). Nota de la edicion precedente).—(1) Núm. xxi. 9. et seqq. Joan. iii. 14.*

nos han herido mortalmente con sus mordeduras envenenadas; su ponzoña que ha penetrado en nuestro corazon, ha excitado en él una sed ardiente que nada puede apagar, y que tiene por término la muerte. Hay mas: este veneno insinuándose en nuestras venas, nos ha hecho semejantes á las serpientes que nos han herido, porque todos hemos venido á ser por el pecado tales como los Judios prevencidos, á quienes Jesucristo y su precursor llaman *serpientes y raza de víboras* (1). Jesucristo para curarnos, y librarnos de la muerte tomó la naturaleza y la figura de los pecadores sin serlo. Así como la serpiente de bronce tomó la figura exterior, pero no el veneno; no de las verdaderas serpientes, así Jesucristo quiso asemejarse á los que venia á salvar, y no distinguirse de ellos en la exterioridad, aunque por su virtud estaba infinitamente distante. El fue circuncidado como pecador; fue bautizado por San Juan como pecador; padeció como pecador; y su santidad misma que debia edificar á sus enemigos, no sirvió mas que para irritarlos, y á su vista fue una nueva razon para levantarle sobre la cruz como la serpiente de bronce. Pero era necesario que fuese así elevado para que ninguno pereciese de los que creyeran en él, sino que consiguiesen la vida eterna. Jesucristo en la cruz es el remedio único, necesario, soberano, propuesto á todos. Cualquiera que le ve con una fe viva y ardiente, y que conoce el tamaño de su mal y la inutilidad de todo otro remedio; que no esperando su curacion sino de él, se anima á esperarla y pedirla con decidida confianza; por grandes, por multiplicados, por antiguos que sean sus males, él no perecerá, y ántes bien conseguirá la vida.

No era difícil á los Judios mirar con fe la serpiente de bronce, principalmente despues de algunos ejemplares de su virtud curativa. Ellos amaban la vida, temian la enfermedad, y se horrorizaban de las serpientes que los habian herido. Las consecuencias funestas y sensibles del veneno no les permitian ignorar que se habia introducido en sus venas, llevando á ellas un fuego, y todo esto les obligaba á mirar con ojos ansiosos el signo saludable, único que podia librarlos de sus males. No es así con nosotros respecto de la fe cristiana; esta fe que obra por la caridad, que nos une estrechamente á Jesucristo, como fuente de la justicia y de la vida. Su cruz nos admira y nos entristece, y aun á muchos escandaliza. Las serpientes que nos hieren son invisibles, lo son tambien sus heridas; el veneno que introducen en nuestro corazon es agradable á la concupiscencia; nuestra muerte pasa por vida y por salud. Nadie nos compadece, nadie tiene ojos para percibir nuestro estado; es un milagro que le advirtamos, y un milagro mas grande que el de la curacion de los Israelitas en el desierto. Es pues una gracia muy señalada el que veamos con ojos llenos de fe á Jesucristo (2) autor y consumador de nuestra fe, como nos exhorta San Pablo. Todo lo que da principio á nuestra union con él es de un precio inestimable, por débil que sea este principio. Es gracia de mucha importancia la de que abramos los ojos, es un gran don el que volvamos la cabeza hácia Jesucristo elevado sobre la cruz; es tener vida el invocarle aun al tiem-

(1) Matt. iii. 7. xii. 34. y xxiii. 33. Luc. iii. 7.—(2) Heb. xii. 2.

po de espirar. La confianza en el nunca puede ser vana, cuando se junta con el genio y la oración.

No se dice que la serpiente de bronce purgaba el desierto en que estaban los Israelitas, de todas las serpientes que causaban su temor, y que los habían castigado de sus murmuraciones. Al contrario, lo que les dice Moisés en el Deuteronomio (1) da lugar á creer que la disposicion del áspero desierto en que anduvieron errantes, fue la misma hasta su último campamento, y que habían vivido en medio de las serpientes mas peligrosas. Sea lo que fuere de esto con respecto á los Israelitas, á lo ménos es cierto que así sucede respecto de nosotros en esta vida, de la que era una imagen aquel desierto. Vivimos entre escorpiones y serpientes; la cruz de Jesucristo no ha purgado de ellos la tierra; no los ha exterminado, no les ha quitado su mortífero veneno. El ha permitido que esta raza de víbrax, aunque al principio desterrada de la sociedad de los fieles, se introdujese despues entre ellos, y que su número se multiplicase á medida que los siglos han ido pasando. Mas él continúa defendiéndonos de su veneno por la virtud de la cruz siempre que vivimos según la fe; y cuando tenemos la desgracia de recibir alguna herida mortal, él se ofrece á nuestra vista para curarnos, si recurrimos á él por la fe. Hasta que llegue el día en que se nos franquee la entrada de la verdadera tierra prometida, viviremos con las serpientes, y estaremos en un peligro continuo, de hacernos semejantes á ellas, si no dirigimos sin cesar los ojos de nuestra fe al que quiso ser clavado en la cruz para que todos los que creyese en él no pereciesen, sino que consiguieran la vida eterna.

Recibamos de David y de San Pablo la instruccion que debemos sacar de la conducta que observó Dios con los Israelitas, condenados á andar errantes en el desierto por espacio de cuarenta años. „Venid, dice David (2), adoremos y postremoos, floremos delante del Ser supremo que nos cria, porque él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo que condujo por su mano, y las ovejas que alimentó con sus pastos. Si oyeréis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón, como en el día de la contradicción, el día de la tentacion en el desierto, cuando vuestros padres me tentaron, y me probaron, aunque habían visto ya mis obras. Por espacio de cuarenta años sufrí á esta raza con dignidad, y dije: Esta es una muchedumbre de hombres, cuyo corazón se extravía, y ellos no conocen mis caminos. Por eso juré en mi cólera que no entrarán en mi descanso.”

„Observad, dice San Pablo (3), lo que dice en este pasaje el Espíritu Santo por boca de David. Guardaos, hermanos míos, de que haya en alguno de vosotros un corazón corrompido por la incredulidad hasta el extremo de abandonar á Dios vivo. Sino exhortaos diariamente unos á otros, mientras que dura el tiempo que en la Escritura se llama hoy, para que ninguno de vosotros sea seducido por el pecado ni caiga en el endurecimiento; porque nosotros hemos sido hechos partícipes de Jesucristo, con tal que siempre consagrarnos inviolablemente hasta el fin el principio de la nueva sustancia que tenemos de él, pues se nos dice: Si oyeréis hoy

„mi voz, no endurezcáis vuestros corazones, como sucedió en el lugar donde fue provocada mi cólera; porque ¿quienes son los que „habiendo oido la voz de Dios, le irritaron con sus contradicciones, „sino todos aquellos que Moises sacó de Egipto? ¿Quiénes son aquellos contra quienes Dios estuvo irritado cuarenta años, sino los que „apecaron, y cuyos cuerpos quedaron tendidos en el desierto? ¿Quiénes son sino los incrédulos, aquellos de quienes juró Dios que jamas entrarán en su descanso? En efecto, venos que ellos no pudieron entrar en él por su incredulidad. Temamos pues (1), no haya alguno de vosotros que sea excluido del descanso de Dios por „haber despreciado la promesa de entrar en él, que nos está hecha, „porque nos está anunciada como á ellos; mas la palabra que ellos „oyeron, de nada les sirvió, porque no estaba acompañada de la fe que deben tener los que la oyeren. En cuanto á nosotros los creyentes, entraremos en este descanso, según lo que se ha dicho: *Tambien he jurado en mi cólera que ellos no entrarán en mi descanso; pero Dios habla así del descanso en que caíó despues de la creacion del mundo, habiendo concluido sus varias obras; porque la Escritura dice hablando del séptimo día (2): Dios descansó en el séptimo día despues de haber concluido todas sus obras. Y en el pasaje de que hablamos se dice tambien: No entrarán en mi descanso. Porque está pues reservado á algunos el entrar en él, y aquellos á quienes se dirigió primero la palabra, no han entrado por su incredulidad, determina Dios de nuevo un día particular que llama hoy, diciendo tanto tiempo despues por boca de David, así como se habia dicho antes: Si oyeréis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones; porque si Jesús los hubiera establecido en este descanso, la Escritura no hubiera hablado mas de otro. Está pues reservado todavia un descanso al pueblo de Dios, porque el que ha entrado en el descanso de Dios, descansa tambien él mismo, dejando de trabajar, como Dios descansó despues de sus obras. Hagamos por tanto el mayor esfuerzo para entrar en este descanso, no sea que alguno se parezca á los incrédulos que fueron ejemplarmente castigados.”*

„Dejamos á nuestros lectores el cuidado de meditar estas reflexiones que David y San Pablo les proponen, y que son el modelo mas excelente de las que se pueden hacer al estudiar las Escrituras santas. Moises no puede tener mejores intérpretes, ni mejores comentaristas que San Pablo y David. Cuando estos hablan, el Espíritu Santo mismo es el que nos descubre en los Salmos, y en las epístolas del Apostol las instrucciones mas sólidas, mas importantes, mas útiles que podemos sacar de los libros de Moises. Se logra mucha utilidad reuniendo así los varios textos de todas las partes de la divina Escritura que tienen relacion á un mismo objeto; porque comparados juntos se prestan mutuamente luz, que contribuye mucho á la inteligencia de los misterios mas profundos comprendidos en los libros santos. Este es el método que hemos seguido hasta aquí, y continuaremos siguiéndolo hasta donde nos lo permitan los limites que debemos observar.

(1) Heb. iv. 1. y sig.—(2) Gen. ii. 2.

(1) TIT. III.—(2) Ps. LXXV. 6. et seq.—(3) Heb. iii. 12. et seq.